



## AVISO LEGAL

Artículo: *San Juan de la Cruz en México* visto por Alfonso Méndez Plancarte

Autor: Andueza, María

Fue publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*. Nueva época, vol. 1, año VII, núm. 37 (enero-febrero de 1993), ISSN: 0185-156X

Forma sugerida de citar: Andueza, M. (1993). *San Juan de la Cruz en México* visto por Alfonso Méndez Plancarte. *Cuadernos Americanos*, 1(37), 165-179.

<https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

D.R. © 1993      Universidad Nacional Autónoma de México.  
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510  
México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,  
Ciudad de México.

<https://cialc.unam.mx/>

Correo electrónico: [cialc-sibiunam@dgb.unam.mx](mailto:cialc-sibiunam@dgb.unam.mx)

Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este contenido en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



Con la licencia BY-NC-ND usted es libre de:

- Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

# SAN JUAN DE LA CRUZ EN MÉXICO VISTO POR ALFONSO MÉNDEZ PLANCARTE

Por *Marta ANDUEZA*

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

*En el 450 aniversario del nacimiento de  
San Juan de la Cruz*

SEGUIR LAS HUELLAS de san Juan de la Cruz en las letras mexicanas debió ser empeño cautivador para el padre Alfonso Méndez Plancarte. Fruto de su rastrear literario fue un breve pero gran libro, *San Juan de la Cruz en México* (1959)<sup>1</sup> donde el autor investiga la producción literaria inspirada en el doctor místico desde finales del siglo xvi hasta la segunda mitad del siglo xx. Claro que este estudio no agota el tema; así lo confiesa el propio Méndez Plancarte: “acaso no resulte inoportuno el ensayar un mínimo ‘San Juan de la Cruz en México’ que, aunque sin pretensión alguna exhaustiva, espigue sus presencias —sus enlaces vitales y sus resonancias artísticas— en las cuatro centurias de nuestra historia” (p. 27).<sup>2</sup> La modestia del autor, que califica su trabajo de “mínimo”, no impide afirmar que esta cuidadosa investigación es lo suficientemente completa para dar cabal idea de la actividad literaria que se desarrolla en México en torno a la vida y la obra de san Juan de la Cruz y, sobre todo, para mostrar la trayectoria ininterrumpida de cálido fervor sanjuanista a lo largo de cuatro siglos. Cabe, pues, el honor al padre Méndez Plancarte —pese a tantos tesoros de información ocultos en ignorados archivos coloniales y otros perdidos o dispersos— de haber sido el primero en descubrir la presencia viva en la literatura mexicana del más grande poeta del parnaso español.

<sup>1</sup> Alfonso Méndez Plancarte, *San Juan de la Cruz en México*, México, FCE, 1959 (*Letras mexicanas*).

<sup>2</sup> Las páginas entre paréntesis remiten al libro, objeto de este estudio, *San Juan de la Cruz en México*, *op. cit.*

Si la muerte impidió a san Juan de la Cruz venir a México (fue destinado a esta Provincia de San Alberto de la Nueva España), el vuelo y la fascinación de sus escritos cruzaron velozmente el Atlántico y dejaron su huella perdurable en la vida espiritual de las almas y en el alma de las letras hispánicas. Si el nuevo visitador de las Indias, san Juan de la Cruz, vio frustrado su deseo de pisar las tierras americanas, este hecho no impidió que llegara radiante a América la gloria de su poesía y la sugestión de su espiritualidad. De ello da prueba la luminosa crítica de Méndez Plancarte que en estas páginas se resume y comenta.

En principio el libro de Méndez Plancarte sigue un criterio cronológico, y comienza su recorrido literario a finales del siglo xvi o comienzos del xvii, prueba evidente de que ya en esa época habían llegado poemas sanjuanistas a México. Cabe recordar que la orden y patente de fundación de la Provincia de San Alberto de los padres carmelitas descalzos en la Nueva España fue promulgada en el convento de San Felipe de Lisboa el 17 de mayo de 1585. Precisamente san Juan de la Cruz fue uno de los definidores, junto con el padre Gracián y otros padres. El primer convento de la ciudad de México se fundó el 17 de enero de 1586.

Méndez Plancarte comienza su clarividente relación recordando una anónima 'Silva' de prosas y rimas sacras, que forma el *Códice Gómez de Orozco*. En este manuscrito novohispano, hoy casi desconocido "destellan las dos cúspides más sublimes de san Juan de la Cruz (aunque también sin nombre), copiadas tan temprano en ese códice añoso" (p. 33), esto es, las liras de la *Noche oscura*, aunque con el nuevo título "De la soledad del alma", y las "Canciones entre el alma y el esposo", el *Cántico espiritual*, que presenta cambios y variantes textuales, por ejemplo, en vez de cuarenta liras, sólo se cuentan diecisiete sin que se aclare la razón de la fragmentación ("sin que nuestro antólogo que así fragmentó este 'Cántico', insinúe las dichas licencias", *ibid*).

Del siglo xvii, Méndez Plancarte alude a dos grandes figuras de la época colonial: don Juan de Palafox y Mendoza (1600-1659) y sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695). El primero, virrey y visitador de la Nueva España, obispo de Puebla, y arzobispo electo de México, escribe versos, clarísimo eco de los de san Juan de la Cruz. En sus "Ejercicios devotos" dedica a Nuestra Señora la canción:<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Los subrayados que se dan a lo largo de este trabajo tratan de establecer la *pronta correspondencia* entre los textos de los autores citados y los textos originales de san Juan de la Cruz.

*Mil gracias por el mundo derramando  
va tu mano sagrada...*

muy semejante a la estrofa quinta del *Cántico espiritual* de san Juan de la Cruz ('*Mil gracias derramando*/ pasó por estos sotos con presura'). Otro ejemplo de Palafox y Mendoza es su "Cántico XLVI":

Estaba el santo Job, suspenso y triste,  
vendido de una gran melancolía  
en una noche oscura..

reminiscencia de la *Noche oscura* de san Juan de la Cruz ("En una *noche oscura*,/ con ansias en amores inflamada", 1).

En cuanto a sor Juana Inés de la Cruz, Méndez Plancarte se afana por encontrar algún dato seguro de la influencia del místico poeta en la poeta mexicana. Cautamente observa el sagaz crítico que si sor Juana y san Juan coinciden en recurrir a citas bíblicas y, en especial, al *Cantar de los Cantares*, fuente natural para ambos, esta coincidencia no es relevante, pero sí le parece convincente que la monja jerónima y el carmelita abandonen el hebraísmo ('*Hijas de Jerusalén*') y lo sustituyan por la voz grecolatina '*ninfas*'. Sor Juana Inés, en las estrofas quinta y octava del cuadro III, escena VI, de *El divino Narciso*, dice:

¡Oh *Ninfas* que habitáis este florido  
y ameno prado, ansiosamente os ruego ...  
Tal es, ¡oh *Ninfas*!, mi divino Amado...

En la estrofa treinta y una del *Cántico espiritual* de san Juan de la Cruz, el místico poeta exclama: "¡Oh *ninfas* de Judea,/ en tanto que en las flores y rosales", evidente sustitución del giro bíblico por la expresión mitológica que ya en su tiempo causó extrañeza a José María de Cossío y a Dámaso Alonso, según lo atestigua el mismo Méndez Plancarte.

El siglo XVIII mexicano se vio envuelto en festejos y homenajes cortesanos con motivo de las "fiestas que a la canonización del místico doctor San Juan de la Cruz celebró la Provincia de San Alberto, de carmelitas descalzos, de esta Nueva España", tal como se describe en un rarísimo libro, *El segundo quince de enero de la corte mejicana*.<sup>4</sup> Las solemnidades sacras se celebraban, al gusto de

<sup>4</sup> Méjico, Hogal, 1730.

la época, con arcos triunfales (De Cabrera y Quintero es "La idea y descripción del arco triunfal: 'Águila mística exaltada en los ápices del Carmelo'", p. 48) y certámenes poéticos. La "Convocatoria" al *Pamaso mejicano* del doctor don Joseph Roldán de la Cueva, ilustre criollo de la ciudad de México, animó a los "bronces poderosos" a extender su sonido por doquier con el fin de exhortar a los nuevos apolos para que entonasen su sonoro canto en honor del santo Juan de la Cruz:

De éstas, que adornan su nevada frente  
con el ramo que fue de Febo encanto,  
no he menester espíritu elocuente  
para avivar la voz, dar alma al canto:  
no su rubia madeja inobediente  
de libre Ofir me asista; si del *Santo*  
*Juan de la Cruz el eco sonoro,*  
*aun para animar bronces poderoso...*

"Convocatoria" un tanto absurda "desde el tema central (isan Juan de la Cruz en símbolo de Proteo!) hasta la versificación en que se pedía no sólo "Romances en u", sino "Sonetos de doble acróstico" y aun "Acrósticos triples" en hexámetros" (*ibid*). Sin embargo, pese al tono altisonante de las composiciones, la mitología y la notoria falta de inspiración poética, a juicio de Méndez Plancarte, tales factores negativos no menguan el cálido homenaje colectivo que tributaron las letras novohispanas a san Juan de la Cruz con motivo de las festividades de su canonización. Para resarcirse de semejante quiebra poética, ya al margen de los certámenes, no faltaron cosas mejores. Méndez Plancarte vuelve los ojos a las numerosas inscripciones rítmicas, tanto latinas como castellanas, epigramas latinos y epígrafes vernáculos que tejieron otras anónimas musas con oído más musical para adornar el teatro de aquellas fiestas que con gran júbilo se celebraron en el Convento de San Sebastián de los carmelitas descalzos de la ciudad de México. Destacaban un haz de dísticos elegantes y un tríptico de sonetos vernáculos "ciertamente no libres de todo ripio, mas gratos por la fina limpidez de sus asuntos pictóricos, su alegre colorido y su graciosa factura" (p. 49). El primer soneto ensalzaba al nuevo reformador del Carmelo entre los viejos fundadores de órdenes religiosas y se divisaba en una de las columnas de la portada triunfal. Transcribo el primer terceto:

Si aquel mismo pincel pintar quisiera  
a *San Juan de la Cruz*, aun puesto en calma,  
y a todos los Patriarcas diestro viera.

Los otros dos sonetos, junto a artificiosos surtidores, estaban colocados a entrambos lados de la puerta mayor de la iglesia y explicaban poéticamente el simbolismo de las alegorías. El segundo soneto ponía en parangón el *cuanto más* de la pena y el *tanto más* de la gloria. El último terceto dice así:

dejándonos impreso en la memoria  
que, *cuanto más* se oprime hacia la pena,  
*tanto más* se sublima hacia la *Gloria*.

El tercer soneto tenía como tema del mismo la analogía del surtidor —la orden de los carmelitas descalzos— que regaba el prado espiritual donde se había abierto al cielo la flor divina, el “*Clavel disciplinado*”, san Juan de la Cruz, que valía por todas las flores:

—¿Qué es esto, Fuente del Carmelo hermosa?  
Pídote que mis dudas ilumines:  
¿no riegas en tus fértiles confines  
a toda una república olorosa?  
¿Pues dónde está la escuadra deleitosa  
de Jacintos, Violetas y Jazmines?  
¿O cómo no matizan tus jardines  
la virgen Azucena y mártir Rosa?  
¿Sólo un *Clavel* adorna tus planteles?  
¿Una *Flor* sola el gusto te ha robado,  
cuando producen tantas tus cuarteles?  
—Sí: que es *Juan el Clavel*; y bien pensado,  
por todas flores vale en mis vergeles  
este solo *Clavel disciplinado*.

Comenta Méndez Plancarte, con razón, que si el clima lírico de estos poemas dista mucho de la poesía de san Juan de la Cruz, “no nos resulta plenamente indigno este eco de las voces biseculares que allá en nuestro setecientos le cantaron, al exaltar su canonización, el rendimiento amoroso de la Nueva España” (p. 52).

Del siglo XIX, Méndez Plancarte rescata para la gloria del Carmelo a tres escritores: José Manuel Sartorio (1746-1829), Manuel

Eduardo de Gorostiza (1789-1851) y José Sebastián Segura (1822-1889), quienes desde diferentes perspectivas dedicaron lo mejor de su inspiración a san Juan de la Cruz.

El presbítero doctor don José Sartorio, óptimo patriota, mereció firmar el *Acta* de Independencia y predicar el sermón de Gracias el 28 de septiembre de 1821; traductor y versificador al castellano de metros latinos, incluye cuatro himnos del breviario carmelitano (oficio divino de san Juan de la Cruz, 24 de noviembre). Para Méndez Plancarte, estas traducciones están ‘sin duda, empobrecidas aquí o allá; pero con tono y timbre personales y con tramos nada infelices, que conviene extractar amorosamente’ (p. 53). En la oda litúrgica de primeras vísperas (*Regis aeterni generose miles*), Sartorio transforma las cinco estrofas sáfico adónicas en liras o sextinas de versos de siete y once respectivamente para alabar con estrofas renacentistas al primogénito de la reforma carmelitana:

... Tú, el primer hijo de Tèresa anado,  
has reformado al pueblo que te ffa;  
tú de la gran María  
el Templo has renovado;  
tú has reparado, activo,  
la casa de la Madre del Dios vivo.

En el himno de laudes (*Dum crucem gestat Dominus, Joanni*), Sartorio efectúa el mismo cambio métrico de sáficos en liras o sextinas y presenta la delicada evocación biográfica de san Juan de la Cruz:

Una vez que, cargando  
Su Cruz, el dulce Dueño  
hablóle a Juan, risueño  
con premio convidando,  
más premio él no ha querido  
que el cáliz de la Cruz de su Querido.

Los dos últimos himnos Sartorio los transforma en hexasílabos y ‘la levedad del parvo metro nos da un fresco airecillo de gracia ingenua’ (p. 56). Del himno de maitines (*Diem Joannes advehit*), el distinguido crítico rescata sólo la octavilla en la que resplandecé la *Noche oscura* del místico poeta:

*La mística noche*  
su espíritu apura,

y en la noche oscura  
percibe el hachón;  
y de su luz saca  
la llama su celo,  
con que del Carmelo  
guiar el escuadrón.

El último himno (*O satis felix speculator Altii*), el de segundas vísperas, Méndez Plancarte lo transcribe íntegro y lo califica de delicado poema en el que adelanta el nombramiento de doctor (estamos en el siglo XIX y san Juan de la Cruz fue declarado doctor de la Iglesia por Pío XI el 24 de agosto de 1926):

iPenitente, Virgen,  
Mártir de afición,  
Profeta admirable,  
*Místico Doctor!*

En la estrofa sexta Sartorio reúne tres obras de san Juan de la Cruz, ‘linda alusión a tres de sus títulos, reuniendo la ‘Subida al monte’, la ‘Noche oscura’ y la inefable ‘Llama de amor’, con una concisión y sobriedad de excelente gusto’ (p. 57):

Revelas *subidas*  
al *monte* mejor;  
*tinieblas de noche*  
y *antorchas de amor*.

En la última estrofa de este romancillo agudo, Sartorio canta primorosamente la fuente de inspiración del Santo poeta:

Dióle luz el Padre,  
Sus dones Amor,  
y el *Cordero santo*  
*el libro le abrió*.

Para Méndez Plancarte ‘‘al romanciarle a Méjico, y a Hispania —esas gemas latinas de la himnodia doméstica del Carmelo—, el buen padre Sartorio asurge la voz de su edad, de toda la mitad auroral de nuestro XIX’’ (p. 58).

De don Manuel Eduardo de Gorostiza, el célebre dramaturgo mexicano, Méndez Plancarte cita sólo una breve nota escrita por



Armando de María y Campos en "Teatro", *Novedades*, México, 11 de octubre de 1953:

*Hablando de Santa Teresa es preciso hablar de San Juan de la Cruz. Almas vaciadas en un mismo molde. Poeta en prosa. No tanta imaginación y entusiasmo como aquélla. Pero, si cabe, mayor suavidad y dulzura. Alguna vez se eleva, sin embargo, a la cuerda de los grandes maestros, etcétera (p. 59).*

Don José Sebastián Segura, último poeta del siglo XIX estudiado por Méndez Plancarte, compuso el "Idilio Sagrado: el Esposo y la Esposa", escrito en clásicos tercetos, que actualiza el místico epitalmio del *Cántico espiritual* de san Juan de la Cruz. Obsérvese los giros afines a los del místico poeta:

*en secreto, que nadie me vela,*

*Salí sin ser notada, y sin más guía,  
entre las sombras de la noche oscura,  
que la luz que en el seno oculta arda.*

*Cual cervatilla herida por el dardo  
vuela buscando a su consorte esbelto,  
así busco al Amante por quien ardo.*

*No pretendas enviarme mensajero  
que de Ti me hable cuando estás ausente,  
que no sabrá decirme lo que quiero..*

En san Juan de la Cruz: la tercera estrofa de la *Noche oscura* ("en secreto, que nadie me veía") y la primera ("En una noche oscura (...)salí sin ser notada") y la tercera del *Cántico Espiritual* ("Buscando mis amores") y la sexta ("No quieras enviarmel de hoy ya más mensajero, ¡ que no saben decirme lo que quiero").

Del siglo XX, Méndez Plancarte alude a cuatro poetas, uno de ellos mujer. Federico Escobedo (1874-1949), Alfonso Reyes (1889-1959), Tomás Twaites y Alfonso Junco (se omite el dato cronológico) y de la gran poeta de Morelia, Concha Urquiza (1910-1945).

Don Federico Escobedo, gran humanista, traductor en verso de la *Rusticatio mexicana* de Rafael Landívar, romancó varias odas de Horacio. Justamente bajo el horaciano título de "Favete linguis" ("¡Observad un sacro silencio!"), Escobedo festeja la "santa música" del divino lírico de Fontiveros, pulsando aquella misma

lira garcilasesca de fray Luis de León y de san Juan de la Cruz, y a menudo esmaltándola con los ecos del “Ángel-Cisne” (p. 65). Este poema de “*Favete linguis*” está inserto en las *Odas breves* (Puebla, 1902), de Escobedo. Transcribo las liras primera, quinta, sexta y séptima respectivamente:

Callad: no hagáis ruido,  
y detened la estrepitosa planta;  
prestad atento oído:  
un ángel se adelanta!  
¡De *Ontiveros el cisne es el que canta!*...

Acerada saeta  
que va a alojarse de amoroso pecho  
en la mansión secreta:  
casto, *florido lecho*  
donde el amor está siempre en acecho.

Cuidados veladores  
que se recatan en la *noche obscura*;  
solicitos pastores  
que, en medio a la espesura,  
con sus ovejas hallan la ventura.

*Fontana cristalina*  
que, *copia en su semblante plateado*,  
de Dios la faz divina;  
y de verduras prado  
que tiene sus delicias el Amado.

En san Juan de la Cruz: de la *Llama de amor viva* “¡Oh cauterio suave! ¡Oh regalada llaga!” (estrofa 2). Del *Cántico espiritual*: “Nuestro *lecho florido*” (estrofa 15) y “¡Oh *cristalina fuente!*, si en esos *tus semblantes plateados*” (estrofa 11).

Don Tomás Twaites, inglés de origen “mas mejicanísimo por los cincuenta y cinco años de su entera y fértil vida sacerdotal dada a nuestra tierra” (p. 68), destaca por las bellas y fieles traducciones latinas de versos hispanos. Por ejemplo, la bella estrofa del *Cántico Espiritual* (“¡Oh *cristalina fuente!*”), citada ya, Twaites la traduce a versos latinos en delicados dímetros yámbicos:

*O fons aquarum lucide,  
argenteis in rivulis*

Y un epígrafe latino con el que celebró la elevación del santo místico a los honores de doctor de la Iglesia (1926):

*Sancte Joannes a Cruce  
Ordinis Carmelitanum Doctor,  
Cantor sponsalitiu divini,*

Asimismo, la *Noche oscura* de san Juan de la Cruz, Tomas Twaites sabe prosificarla en forma bellísima: “*Nocte quadam obscura, ego anxia, amores succensa, o sortem felicem!*” (p. 69).

Alfonso Reyes escribe la “Salutación al romero” (1909) en el que se percibe fácilmente la huella de la *Noche oscura* del reformador del Carmelo:

Ciego del mundo, y sabio para mirar al cielo,  
sueñas la mente por donde los astros van,  
como en la noche oscura, *por el Monte Carmelo*,  
erraba, libre, el alma del *místico San Juan*.

La tierra estaba verde, el cielo estaba rosa,  
y lejos en el cielo, fulguraba una cruz.  
Pasaste tú, romero, y *no mirabas cosa*,  
sino, en el cielo, la maravillosa luz.

En san Juan de la Cruz: estrofa tercera de la *Noche oscura* (“*ni yo miraba cosa*”).

Alfonso Junco, otro regiomontano humanista y poeta, dedicó al santo de Fontiveros en 1929 un ágil ensayo (“Juan de la Cruz: el Hombre en el místico”) en *Sangre de Hispania* y una prosa en *Poseción*, 1923. Pero lo que llena de admiración a Méndez Plancarte es el poema “Porque es de noche” (*La divina aventura*, Méjico, bajo el signo de Ábside, 1938) que glosa el “*aunque es de noche*” del poema de la “*fonte*” de san Juan de la Cruz; su originalidad y grandeza radica en la “diametral metamorfosis de *aquel suspirante* “*aunque*” en *este exultante* “*porque*” (p. 74):

*Porque es de noche*  
Soledad de perfecta compañía,  
tiniebla abajo, arriba resplandores.  
Pliégame el alma y sube y se extasía..  
*porque es de noche,*

En la pura esperanza de Tu día,  
yo te bendigo, Amor... , *porque es de noche,*

“Poema soberano, a todas luces ... que no nos parece indigno de aparearse con el de san Juan de la Cruz, al que recuerda desde en su título, con su dichosísimo reverso complementario” (p. 76), juicio que le merece a Méndez Plancarte la lectura del poema.

Concha Urquiza escribe bellísimos poemas que acusan la huella profunda de la poesía de san Juan de la Cruz. Alfonso Méndez Plancarte coincide con su hermano Gabriel en pensar que la lectura de la Biblia la hacía Concha más en los poemas del místico doctor que en el texto sagrado, y cita las palabras del padre Gabriel Méndez Plancarte:

La influencia bíblica llega a nuestra poetisa por el áureo intermedio de fray Luis, y del otro máximo lírico del siglo de oro, San Juan ... el misticocantor de la *Noche oscura* está presente en el pensamiento y en la poesía de Concha con suma frecuencia ... y toda su manera de interpretar el *Cantar de los Cantares* depende claramente de San Juan de la Cruz, a quien asiduamente leía (p. 78).

De ello queda constancia en los epígrafes (estrofas del místico carmelita). En el poema “Sulamita” de *Sonetos bíblicos*, Concha Urquiza utiliza como epígrafe la estrofa veinte del *Cántico espiritual* de san Juan de la Cruz: (“Pues ya si en el ejido/ de hoy más no fuese vista ni hallada,/ diréis que me he perdido;/ que andando enamorada,/ me hice perdidiza, y fui ganada”). Glosando esta primorosa lira, Concha escribe el extraordinario soneto:

Atraída al olor de Tus aromas  
y embriagada del vino de Tus pechos,  
*olvidé mi ganado* en los barbechos  
y perdí mi canción entre las pomas.

Como buscan volando las palomas  
las corrientes mecidas en sus lechos,  
por el monte de cingulos estrechos  
*buscaré los parajes donde asomas.*

Ya por toda la tierra *iré perdida,*  
dejando la canción abandonada,  
sin guarda la manada desvalida.

desque *olvidé mi amor y mi morada,*  
*al olor de Tus huertos arañada,*  
 del vino de Tus pechos embriagada.

Otro epígrafe de san Juan (“Acaba de entregarte *ya de vero*”, estrofa sexta del *Cántico espiritual*) encuentra respuesta poética en el soneto de Concha Urquiza:

Aunque Tu nombre es tierno como un beso  
 y trasciende como óleo derramado,  
 y Tu recuerdo es dulce y deseado,  
 rica fiesta al sentido y embeleso,  
 y es gloria y luz, *Amor, llevarlo impreso*  
*como un sello en el alma dibujado,*  
 no basta al corazón enamorado  
 para alcanzar la vida todo eso.

Ya sólo, *Amor, perdido en Tus abrazos,*  
 cabe Tu pecho detendrá su empeño:  
 no aflojará las redes y los lazos,  
 verá la paz ni gozará del sueño,  
 hasta que *tenga paz entre Tus brazos*  
 y duerma en el regazo de su Dueño.

Otro epígrafe es la lira “*¡Oh cristalina fuente!*” (estrofa once del *Cántico espiritual*, citada ya varias veces, fuente recurrente de inspiración para los poetas mexicanos), “pero haciendo ya de ésta un símil nuevo —el del corazón—” (p. 80):

... si tendieras la mano solamente  
 y el agua temblorosa se aquietara,  
 ya, contemplando el cielo largamente,  
 ¡Oh Deseado!, *el corazón dejara*  
*flotar sobre su seno transparente*  
*la divina belleza de Tu cara.*

soneto que comienza con el verso “Ya corre el corazón por este suelo” de los *Sonetos de los cantares*.

Otro soneto aunque parece recordar el de Lope de Vega (“Pastor que con tus silbos amorosos”), rememora el poema de la “Fonte” (en concreto en el verso “*qué bien sé yo do tiene su manida*”), la estrofa treinta y cuatro del *Cántico espiritual* (“En soledad

la *guía* a solas su querido, / también en soledad de amor herido'') y la estrofa nueve del mismo Cántico (''Por qué, pues has llagado/ aqueste corazón, no le sanaste?/ Y pues me le has robado, / ¿por qué así le dejaste/ y no tomas el robo que robaste?''); fuentes cruzadas dan vida a los bellísimos endecasílabos de Concha Urquiza:

Pastor enamorado cuyos brazos  
manchó de sangre la ovejuela herida,  
cuya flauta en cantares encendida  
la llamó por zarzales y eriazos;  
que persiguiendo misteriosos trazos  
descendiste a su lóbrega guarida,  
y al secreto lugar de Tü manida  
la condujiste en apretados lazos;  
que con beso de paz la retuviste  
y en dulce soledad la alimentaste  
y con cingulo estrecho la ceñiste:  
no devuelvas el robo que robaste;  
guarda el amor que con amor venciste  
y el corazón que con dolor ganaste (*ibid.*)

Méndez Plancarte subraya la correspondencia entre el léxico sanjuanista y el de Concha Urquiza en muchas expresiones singulares y arcaicas. Si san Juan de la Cruz llama al Amado ''*las ínsulas extrañas*'' (*Cántico espiritual*, 13), quedará también este sugerente vocablo incrustado en ''La canción de la Sulamita'':

Hazme saber, Amor, dónde apacientas,  
do guías Tus rebaños, dónde vagas,  
no huella tras las *ínsulas aciagas*  
las rutas de la tarde cenicientas.

''*De vero*'' y ''los valles solitarios nemorosos'' (estrofa sexta y trece del *Cántico espiritual*) se recogen en los versos de Concha Urquiza: ''Que sólo así, *de vero*'' (de la última lira de ''Cristo en la cruz'') y ''Contigo en *los parajes nemorosos*'' (de ''Canciones en el bosque'').

La estrofa quince del *Cántico Espiritual* en que el Amado es ''*nuestro lecho florido ... en púrpura tendido ... de paz edificado*'' trasciende en ''La oración en tercetos'' de la poeta michoacana:

En *noche oscura* Tu presencia oteo,  
y a ciegas tanto el corazón Tè adora  
que en luminosa sombra Tè poseo.

Allí te encontraré la vez postrera  
y en *tu pecho de amores florecido*  
conoceré la eterna primavera.

Allí el amor, de *púrpura teñido*,  
coronado de paz, tendrá por lecho  
el beso de tus labios encendido.

Las estrofas dos, catorce, diecisiete y dieciocho del *Cántico Espiritual* se van entrelazando preciosamente en la "Égloga en tercetos" de Concha Urquiza. Méndez Plancarte observa que si bien esta égloga está dedicada a fray Luis de León "es San Juan de la Cruz quien prevalece en su emoción y lengua toda" (p. 83)

Levántate en la noche, el paso atreve,  
abandona el oscuro caserío,  
ve tras la huella de *Su planta leve*.

Corre por la majada, *pasa* el río,  
vuela hacia el monte, *sube* la colina.  
*atrévete* a la helada y al rocío.

*¡Esfuerza, corre, búscale!* Así aprendas  
la ciencia del amor *pura y sabrosa*;  
así del muro de Su pecho prendas,  
y entres a la bodega silenciosa  
y sepas el secreto de *Su vino*  
con que el alma se embriaga y se reposa...

Por último, Méndez Plancarte juega con el nombre de *Concha* para afirmar la honda huella de san Juan de la Cruz en la vida espiritual de la poeta de Morelia, ya que no sólo su exquisita poesía "matizó a cada paso el tierno esplendor de nácares de esta Concha. También su 'perla' —su alma— enriqueció su oriente a los reflejos de la vida ejemplar del Santo" (p. 85), don quizá todavía más hermoso que se refleja en los tercetos "Cristo Jesús, Tú sabes que te amo" (*Mons Dei*, 4) "donde —con la mención nominal del celeste asceta— llama la santa envidia a su vivir crucificado con Cristo y olvidado de sí en Su amor" (*ibid.*)

Antes aquél te conoció sin velo  
 que en heroicas y ásperas jornadas  
 corrió el camino de la tierra al cielo;  
 que rendido a la nada de sus nadas,  
 cerró al placer las puertas del sentido  
 y abrió al dolor sus carnes desgarradas.  
*¡Ay, quién como Fray Juan hubiera sido,*  
*amante tuyo en tan divino exceso,*  
*que vio su propio espíritu perdido,*  
 y alma con Alma en inefable beso  
 derramada su vida por la boca,  
 entre Tus labios intangibles preso!

Al terminar su estudio sobre la huella de la poesía sanjuanista en la literatura mexicana a lo largo de cuatro centurias, Alfonso Méndez Plancarte, poeta él mismo, rima en esdrújulos un poema dedicado a Concha Urquiza y “a cualquier alma como la suya, o sea (para decirlo con san Juan de la Cruz), ‘a la que *va por ínsulas extrañas*’, perdida —y ya ganada— en esa arcana vida de Dios” (p. 86). El poema se titula “La noche deslumbrada”, y el primer verso “Lámparas de fuego y llamas” recuerda las “Lámparas de fuego” de la *Llama de amor viva* de san Juan de la Cruz:

*Lámparas que de fuego y llamas*  
*inclitas el Amor enciende,*  
 ardente con sus dulces lenguas:  
 fúlgido devorar celeste.  
 Ángeles que a la Rosa Mística  
 músicas luminosas tejen,  
 pájaros de la Aurora Cándida,  
 robante en melodiosos éxtasis.  
 Pálidas lontananzas todo,  
 bórrasete la luz terrestre.  
 Único, el Amador Divino

Alfonso Méndez Plancarte se suma a los poetas que encendieron su antorcha en la mística llama del divino Juan de la Cruz. Seguir la huella del santo carmelita en el parnaso mexicano implicó para el distinguido crítico ser él mismo a su vez huella para la posteridad.